amantes. El fraile mercedario conocía bien las almas de sus penitentes a través de las rejas del confesonario... Es más, el don Juan tiene importancia, también por la brillante cohorte de mujeres que rodea al Burlador", (213-214). Otra vez hay que gritar "Distingo". No escasea el tipo de dama descrito por el señor Jiménez Rueda; pero tampoco faltan otros muchos tipos, como se puede ver en cualquiera de los tres tomos modernos de las obras de Tirso. Desaparecerá al mismo tiempo la manoseada especie del confesonario. Y en cuanto a las mujeres que rodean al Burlador, no se les puede encontrar más brillantez que la retórica de Tisbea.

Baste ya de reparos, y que terminen estas observaciones, reiterando la excelencia del libro en cuestión.

E. H. TEMPLIN,
University of California at Los Angeles.

Coro de presencias (Poesía), ALFONSO GUTIÉRREZ HERMOSILLO.—Edición de homenaje.—México, MCMXXXIX.

¡Qué honda emoción la de sentir auguralmente la perennidad de una obra actual e imaginar cómo, a través de los años, a través de las generaciones, nuestra previsión se confirma y la póstera admiración crece y se afina! Así la certeza en la gloria futura y permanente, sentida por algún contemporáneo de Jorge Manrique, al conocer, de los primeros, las coplas a la muerte de don Rodrigo, padre del poeta; así la evidencia de inmortalidad en algún amigo a quien Gutierre de Cetina leyerá el manuscrito o dijera de memoria el madrigal a unos ojos claros; así la viva seguridad con que los asistentes a alguna tertulia mexicana, hace ya cerca de setenta años, discernieron que el Nocturno de Acuña no se marchitaría, como tantas pintadas flores de la poesía romántica, sino habría de recogerse como prenda de nuestro auténtico romanticismo; así el conmovido entusiasmo de quienes, en una ceremonia cívica, escucharon por primera vez, a López Velarde, el poema de la Suave Patria.

Este es el goce definitivo, señero entre las múltiples impresiones que despierta el conocimiento de la "Carta a un amigo difunto", canto inicial del libro *Coro de presencias*, de Alfonso Gutiérrez Hermosillo, recientemente publicado.

Con especial mención, Antonio Castro Leal insertó un fragmento de esta elegía entre *Las cien mejores poesías mexicanas modernas*. Otras publica-

ciones —“Letras de México”, “Ruta”, “El Heraldo”— habían dado a conocer otros fragmentos de la Carta. Pero la versión íntegra, con su inusitada solemnidad, aparece por vez primera en el libro *Coro de presencias*.

La “Carta a un amigo difunto” es la más entrañable y sazónada elegía de la literatura mexicana. Himno a la muerte, alienta en sí la eternidad, la inmortalidad de los afectos humanos en torno al inexorable acabamiento. Por esto no envejecerá; el poeta ha sentido, ha vivido la pavora del tema siempre actual. De hoy en más, el canto funerario que acabamos de ver salir de prensas, conservará, por su terrible hondura, por su patética maestría, el disputado rango de obra perdurable en la historia de nuestras letras y de la poesía de habla española.

¿Quién es Alfonso Gutiérrez Hermosillo, autor del poema inmarcesible? Una vida breve, recatada, llena de dignidad y reñida con el éxito fácil, no permitió que su nombre sonara en ámbitos populares; tuvo, en cambio, la atención y estimación de círculos selectos; dentro de ellos acendró su mensaje y de ellos trasciende ahora, para situarse, definitivamente, en alto y amplio plano de la perspectiva nacional.

Comenzó a vivir en Guadalajara, en 1905. Acabó de vivir, inesperadamente, en México, en 1935, poco antes de alcanzar los treinta años. Aun cuando estudió jurisprudencia, y recibió el título de abogado, y ejerció la profesión, su vida puede resumirse en una consagración, sin reservas, a la poesía; su misma existencia doméstica fué una claridad armónica, ininterrumpida.

Entre las mejores voces de México surge el llamado a Gutiérrez Hermosillo, con destino a la inmortalidad. El espíritu sutil de Rafael Solana, fiado exclusivamente, a mi juicio, en el solo conocimiento de la obra, sin mayores lazos de devoción y recuerdo personales, ha descrito con exactitud la trayectoria humana y estética del poeta: “*Antes de tiempo y casi en flor cortada*, la vida de Gutiérrez Hermosillo no tuvo apenas ocasión de hacerse ejemplar. Lo es su obra, tímida y recogida, modelo de discreción y honestidad poética. No fué Alfonso el llamado a derribar las murallas de Jericó con ningún trompetazo detonante y novedoso. Sus versos no calzaron coturno. No fué un autor de fácil publicidad, ni pudo ser la suya una de esas popularidades de ruleta, que tan pronto se ganan como se pierden. Hay destinos semejantes a cohetes, que suben en un vértigo, estallan, atronando el espacio de clamor y de humo, para precipitarse en una anónima caída, a confundir su seca vara con basura. Otros, y Gutiérrez Hermosillo fué de éstos, crecen despacio como la yerba en las junturas de las piedras. Sin prisa y en silencio, sin flores, quizás, y sin aroma, mantienen su hermosura

siempre verde, ganan pasos contados, y al fin derriban, en ruina y polvo, las murallas de la muerte. Con un golpe, con violencia injusta, la muerte derrotó al poeta cuando sólo se abría. *Cogió sin tiempo el grano de la espiga*. Pero Gutiérrez Hermosillo, desde el silencio, mudo y apagado, se está levantando y gana cada día. Sus versos le perpetuarán...

Y la autoridad de José Gorostiza: la "obra poética, que sus amigos deseábamos admirar en el cielo de perfección a que Gutiérrez Hermosillo la destinaba, ¿no lo ha alcanzado ya por sí sola, ahora que desprendida del hombre se nos muestra pura y diáfana como él, aérea, cual si se hubiese adueñado íntegramente de su sencilla perfección humana? He vuelto a leer, al acaso, poemas de Gutiérrez Hermosillo que me afianzan en la convicción de que no ha muerto".

Y asimismo la autoridad de Bernardo Ortiz de Montellano: "Tu muerte nos conturba, pero en realidad del espíritu, hasta ahora comienzas a vivir con nosotros y hasta ahora comenzaremos a entender tu palabra, en tu silencio, porque tu voz ya no nos pertenece..." (De Ortiz de Montellano es el prólogo a *Tratados de un bien difícil*, otro de los libros póstumos de Gutiérrez Hermosillo, editado por "Ercilla", en Santiago de Chile, en 1937, con grandes elogios de la crítica nueva en Sudamérica).

Y Efraín González Luna —sensibilidad refinada, cultura maciza y admirable—, maestro indiscutible, ha escrito en el principio de su prólogo a *Itinerario*, antología cronológica de Gutiérrez Hermosillo, editada por "Abside", en 1937: "¡Qué gran artista verdadero! No se ha hablado de su vocación, palabra profanada para explicaciones o justificaciones *a posteriori*. El no dejó de escuchar "sus voces". Por eso era distante y distinto... Gutiérrez Hermosillo era poeta de tipo sacramental. Esa actitud de búsqueda, de exploración y de tanteo, esa tenacidad de neófito impaciente por la iniciación, dibuja mucho de su fisonomía personal y el perfil y el tono de su poesía... Poesía para espíritus despiertos, no sopor de siesta... La mejor poesía, la auténtica, es la que hay que leer muchas veces, siendo en cada una el escalón siguiente de sí misma, y nos deja en todas como recién bautizados..."

Y Mauricio Magdaleno, el más reciente en el elogio, escribe en su encendido estilo plástico un juicio cuyas son estas líneas: "Poeta fué Gutiérrez Hermosillo, y el paso de los años pondrá fulgores nuevos en su exacto y difícil acento, sin temor a que lo afeen los harapos de las doctrinas que se hacen viejas de una a otra generación..."

Las voces de consagración se multiplican; se multiplicarán con la excelencia del libro *Coro de presencias*, y primeramente por la sinfónica belle-

za de la "Carta a un amigo difunto". Los espíritus más reacios capitularán, así los exigentes que dudaron ante la forzosa desigualdad antológica de *Itinerario*, como los temerosos de fatiga que retrocedieron frente a la aséptica clausura de los *Tratados de un bien difícil*, libro perfecto y oscuro.

No en vano Gutiérrez Hermosillo desdeñó cuantas cosas se le oponían al servicio de la belleza. Si heroica fué su vida sacrificada de poeta, cabal y perdurable es el logro de su afán ejemplar.

AGUSTÍN YAÑEZ.